

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA



Año V
Num. 207

25 cts

Escrita por
Léa Parry

La mujer de lujo

Novela Popular

Cinematográfica

LUXUSWEZCHEN
1925

LA MUJER DE LUJO

por la famosa estrella

LEE PARRY

y los grandes actores

Hans Albers y Olaf Fjord



PERTENECIENTE A LAS FAMOSAS

Exclusivas ERNESTO GONZALEZ

de MADRID

Representante para Cataluña Aragón y Baleares

EDUARDO FIUS

Rambla de Cataluña, 44

BARCELONA



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 925



ARGUMENTO

¿Sabéis queridos lectores lo que es una mujer de lujo? Es el capricho más caro del hogar, en lugar de ser su más firme sostén. La mujer de lujo, es un ser esclavo de la frivolidad, de los caprichos de la moda. Es, en lugar de la hormiga guardadora, cuyo buen sentido entre caricias, pone coto a los dispendios del marido y al desorden de los criados, una verdadera ruina de la casa. Sus manos inálambas para toda clase de trabajos, son dos torrentes por los cuales, entre risas ingenuas y mohines encantadores, fluyen sin cesar los chorros de dinero y

no hay fortuna, por sólida que sea, que no llegue a agotarse antes de ella haber saciado sus infantiles caprichos, de chiquilla perversa y juguetona.

Susana Randow, la esposa de Juan Randow, era una de estas encantadoras mujeres. Huérfana desde niña habíase encontrado al salir del colegio con una fortuna considerable y sin un guía para orientarla. Un capricho había sido también su matrimonio con Juan, un joven elegante, sin más oficio conocido que el de ser un afortunado galanteador, tan falto de fortuna como de ganas de trabajar.

Ya casados, Juan se dedicó a la agradable y poco edificante profesión de administrador de los bienes de su esposa, tomando para sí cuanto necesitaba, ya que ésta, no descendía jamás a tan bajas minucias, cual son las de pedir cuentas; y entre los dos, no tardaron en abrir brecha en el cuantioso caudal. Así, al cabo de pocos años de matrimonio, los sudores de varias generaciones, arremojados gota a gota, despenáronse rápidos por el torrente del despilfarro y Juan comenzó a trazar combinaciones no muy limpias, que le permitieran seguir el engaño, con la esperanza de que tarde o temprano dejaría de existir el bueno de Jaime Nelson, no de Susana, acaudalado propietario, de cuyas valiosas e innumerables fincas era ésta la única heredera.

Pero a pesar de estos contratiempos, Susana, ignorante de todo, vivía en el mejor de los mundos, gastando sin tasa y Juan, sabiendo que su esposa era

la más cara y la más codiciada de Berlín, sentíase un hombre feliz.

El día en que empieza esta narración, mientras Susana se desesperaba en su lecho, acariaciando con su mano tibia las melenas de sus ocho o diez diminutos grifones, Juan, ya de pie, recibía la poco agradable tarjeta del banquero Ludovico Moser.

—Vengo—le dijo éste con forzada sonrisa—para hablarle sobre el castillo de Ilaneri, de su tío Jaime Nelson. Creo debe usted recordar que sobre este castillo realicé una hipoteca a su favor, contando, como era lógico, con que ustedes lo heredasen.

—En efecto, señor Moser, no tengo tan mala memoria. Hace de estos tres meses. ¿No es cierto?

—Cierto, pero mi esposa se ha enterado por la suya que desde hace mucho tiempo se hallan ustedes encimados con su tío... En este caso, el tal préstamo contraído de esta forma, constituye un engaño y ya sabe usted la trascendencia...

—Nosotros estamos con nuestro tío en tan buenas relaciones como siempre. Indudablemente, hay en esto algún error de interpretación y crea lamento en verdad que mi esposa no se encuentre en casa en estos momentos para poder aclararlo "inso facto".

Satisfecho a medias, con estas explicaciones, Ludovico Moser se retiró del despacho de su deudor. Pero antes de llegar a la puerta, ya tenía pensado cómo averiguaría si todo aquello era o no verdad. No era el banquero hombre que se dejara quitar su

NOVELA CINEMATOGRAFICA

dinero así como así, Juan lo sabía y quizá fuera por ésto por lo que no quedó del todo muy tranquilo. Encima de la mesa de su despacho estaba la factura de la última compra que su mujer había hecho en casa del celebre modisto Rainer:

Un vestido de paseo	530	marcos	oro
Un vestido de teatro	800	"	"
Un abrigo de pieles	2200	"	"

Total 3530 marcos oro

Aquella factura era una de tantas como llegarán al final del año. Cada recepción, cada acontecimiento importante que en la ciudad ocurría, llevaba consigo una factura semejante. Juan miró el papel varias veces y cada vez que lo miraba hacíase más fuerte propósito de llamar seriamente la atención de aquella linda muñequita, cuyas frivolidades habían durado hasta entonces, pero ya no podían continuar.

En el contiguo cuarto de baño, oíase el dulce chapotear del agua tibia y las alegres risas de Susana, que en aquel instante, con medio cuerpo dentro del agua, se complacía en probarse varios modelos de sombreros.

Juan penetró en la estancia y mandó salir a las camareras y modista.

—Tengo precisión de hablar contigo Susana. ¿Has contado tú a la señora Moser que estamos enfadados con tu tío Jaime Nelson?

LA MUJER DE LUJO

—No me acuerdo. Es posible, pero no ves la importancia que esto pueda tener...

—¡Siempre serás la misma, Susana! Tu afán de hablarlo todo nos pierde. ¡Y luego tengo yo que re-



gar tus facturas, que no son flejas!—exclamó él mostrándole la última de Rainer.

—Las pagas tú, pero con mi dinero. Tu misión de marido es administrarlo.

Juan recibió la deprimente respuesta con el estoicismo de quien recibe una gran verdad. Como todos los vagos de profesión, era un pobre de espíritu, un cobarde y por ésta razón, no se atrevió a decir a



su esposa la verdad, toda la verdad de la situación.

El asunto de Moser, por la índole del mercedor, no admitía demora y había que arreglarlo cuanto antes, fuera como fuese. Había que salirse al paso y

engañarle, o pagarle sus cuentas, explotando la candidez del otro. Pensando de este modo salió Juan a la calle. En el camino se encontró de manos a boca con un desconocido vendedor de periódicos, que después de haberle vendido el diario, le saludó familiarmente.

—Adiós señor Randow y muchas gracias—dijo el vendedor guardándose la moneda.

Juan se volvió e interrogó al vendedor:

—¿De qué me conoces?

—La conozco de cuando yo era *poderoso*... Me llamo Benken y es posible que mi nombre no le sea del todo desconocido.

—En efecto... creo recordar—dijo Juan pasándose la mano por la frente.

Y acto seguido añadió:

—¿Quiere que vayamos a tomar el aperitivo?

El vendedor, que no buscaba otra cosa, aceptó con mil amores, y contó a Juan el motivo de su derribamiento:

—La historia de mi caída, es la eterna historia: el juego, el vino, las mujeres; un asunto de unas letras, y... dos años de cárcel.

Juan que había escuchado atentamente la historia de Benken permaneció un momento pensativo, como si en su mente se incubara un proyecto, y luego se dirigió a su invitado, que no cesaba de beber:

—¿Acreditaría—le dijo con tono malicioso—a ponerse de nuevo el frac para una broma? Le vale un billete... de cien marcos.

Excusado es decir que Benken aceptó encantado y que para solemnizar tan fausto acontecimiento, se bebió tres copas seguidas, con lo cual pareció recobrar del todo la alegría que antes le faltaba.

Entre tanto, Susana, en una lujosa mansión del barrio aristocrático, en casa del modisto Rainer revestía su cuerpo menudo con un lujoso traje.

—Así no adelantaremos nada—decía a las oficiales que le probaban—. Que venga a verlo el mismo señor Rainer.

El modisto, hallábase a la sazón en el salón de exhibiciones y al ser requerido por la señora Randow corrió presuroso a la sala de pruebas.

En realidad, el vestido de Susana no tenía nada, no le hacía falta ningún detalle, pero Susana, quería ver al modisto, por quien sentía una simpatía indefinible. No es que ella estuviese enamorada de él, ni mucho menos, ya que adoraba a su esposo con locura, pero era lo cierto que Rainer la inspiraba una gran simpatía y por nada del mundo habría abandonado su casa sin verlo.

—¿Verdad señor Rainer que me hará el traje en seguida?—le dijo ella al par que le caía en una acariciadora sonrisa—. Mi marido quiere que lo termine el día de su santo.

El marido de Susana, estaba en aquellos instantes muy lejos de pensar en trajes y en fiestas onomásticas. Siguiendo el plan que ya de antemano se había trazado, presentóse en casa del banquero.

Señor Moser, la casualidad me favorece; voy a poder demostrarle esta misma noche, las buenas relaciones que me unen con mi tío Jaime Nelson.

—¿Ha venido acaso su tío?

—Ha llegado esta mañana, y si no tiene inconveniente, se lo presentaré esta noche en la fiesta del Talarin.

Aquella noche, el arruinado Benken, al revestirse de mundano, enfundado su cuerpo en el frac de corte impecable, sintió que su espíritu revivía con toda la fuerza de los tiempos preferitos.

A la misma hora mientras Juan sentado en un palco del cabaret presentaba a Moser, el depravado Benken, como si fuera su tío Jaime, el verdadero señor Nelson, pasaba su tarjeta a la preciosa Susana, que lo recibió con los brazos abiertos.

—¡Oh, tío Jaime, qué sorpresa tan agradable!—dijo ella enlazándole amorosa.

—No creas—replicó éste, dejándose acariciar, sin perder por ello su tono malhumorado—que he venido por esparcir el ánimo. Mi viaje obedece a una carta que he recibido. Mirala.

Y diciendo esto, el rico hacendado extrajo de su cartera un papel que entregó a Susana.

"Querido Nelson: Debo advertirte que tu sobrino Juan Randow, está contrayendo deudas de importancia, en las cuales juega tu nombre...

Un amigo".

—¡Mentiras de envidiosos, tío! Mi marido no tiene necesidad de contraer deudas para que vivamos como vivimos. Además, tú le tienes manía a Juan, sin ningún motivo.

En aquellos momentos, en el cabaret Talarin se celebraba el baile de colores y el palco ocupado por Juan, era uno de los más animados. Benken, haciendo verdaderos derroches de elocuencia, cautivaba con sus dichos a las volubles mariposas nocturnas.

Bien querido sobrino—decía el aleccionado truhán, dirigiéndose a Randow—. Ya sabes que tu tío Jaime nunca te ha negado nada, pero ahora, tienes que esperar un mes, pues hasta que cobre mis rentas, no puedo darte ni un céntimo.

Susana, deseosa de tranquilizar cuanto antes a su tío con respecto a los extremos de aquella carta, consiguió llevarlo al Talarin, donde sabía que su esposo tenía una cita por cuestiones de negocio.

—¡No discutamos más! En lugar de ir a la Ópera, nos vamos juntos al Talarin, donde está Juan, y una vez allí, todos juntos, ponemos las cosas en claro,

Y en efecto, momentos después, el acandalado provinciano, irrumpe en el bullicioso cabaret del brazo de su sobrina.

Juan creyó ser víctima de una abducción.

—O estoy soñando—dijo casi en voz alta—o la que está sentada en el "parquet" es mi esposa.

Y como, la verdad, aquel lugar no era muy a propósito para que las señoras decentes lo frecuentaran solas a altas horas de la noche, Juan se acercó a la mesa de referencia, con objeto de comprobar la certitud de sus sospechas. Al llegar allí, le faltó muy poco para no caer de espaldas. ¡La complicación era más que regular! Por si todo esto fuera poco, Benken había abandonado el palco; sentía renacer dentro de sí su pasado de derrochador y acodado en el mostrador del ambigü, descorchaba sin cesar botellas de champán, convidando a cuantas personas se acercaban.

—¡Beban a la salud de mis tierras de regadío! ¡Yo señores, no he sido nunca partidario del secano, todas mis fincas se riegan y se riegan así!—y diciendo esto, vertía su copa por encima de las tanquistas.

El verdadero señor Nelson, mostraba la carta a su sobrino y éste, repuesto ya de su sorpresa, objetaba con el mayor cinismo:

—¡Eso es una calumnia! ¡Una calumnia vil, pero yo me enteraré de quién ha escrito esa carta y te juro que me las pagará todas juntas!

El alcohol, ejercía en Benken los mismos efectos que un revelador fotográfico. Completamente beodo, comenzó a disparatar. Moser, viendo que la cosa tomaba regular cariz, ya que el beodo se negaba en absoluto a dejar el mostrador, se acercó a la mesa de Juan y lo requirió para que fuera a aplacar a su tío:

—El señor Nelson—le dijo—ha perdido la razón. Venga usted, porque está armando un escándalo más que regular.

Cuando llegaron Juan y su tío al mostrador, el beodo fallábase en plena orgía oratoria.

—¡He estado en la cárcel—decía—pero puedo decir muy alto que fué por un asunto de letras! ¡Sí, señores, de letras... porque yo soy escritor!

—¡Vámonos y no diga usted más tonterías!—dijo Juan con tono imperativo.

—¡Protesto! ¡Esto es un atropello a la libertad!...

El verdadero señor Nelson pidió explicaciones al banquero Moser y por ellas, cayó en la cuenta de la farsa que estaba representando su sobrino.

—Muchas gracias por sus informes, señor Moser—le dijo por fin—. Este es un asunto que arreglarán los tribunales de justicia.

—¡Pero los tribunales, señor Nelson, no me devolverán a mí los treinta mil marcos que me debe su sobrino de usted!

Al llegar a su casa, la cabecita loca de Susana, vió claramente toda la cruenta realidad.

En el guardajoyas de su habitación, encontró una carta de Juan.

“También tu fortuna está liquidada hace meses. Jugar a la bolsa era la única salvación para reintegrarte lo tuyo; y a fin de disponer de este dinero, suplante la personalidad de tu tío... No me queda otro recurso que la huida. Reharé la fortuna y tan pronto lo consiga, volveré a buscarte.

Juan”.

Entonces comprendió la pobre frívola lo que había dicho del fanal en que vivió aislada. Consumado ya e irremediable el hecho, había que salir al paso de sus consecuencias. Y Susana se sintió mujer por primera vez en su vida. Tomó la carta y con ella en la mano fué al salón, donde esperaba su tío.

—El señor Moser—dijo ella—no tomará ninguna determinación si se le devuelve el dinero.

—Indudablemente, hija mía, pero no esperes mi ayuda. Por ti, todo; por él, nada. Si piensas que voy a librar a Randow de la cárcel, vives muy equivocada.

—¿Acaso le he pedido que me ayude?—replicó ella encorajinada—. Para salvarlo del escándalo, me bastó y me sobó yo misma; no por él, que con este acto de cobardía pierde toda mi estimación, sino por



mí, porque antes de tolerar que mi nombre ruede por el fango de la murmuración, sabré quedarme hasta sin un trozo de pan, si fuese necesario llegar para ello a tal extremo.

Y dejando a su tío más que confuso, la muñeca, transformada en mujer, se retiró a sus habitaciones, para no conciliar el sueño.

Cinco días después, Susana había vendido sus muebles y pagado sus deudas. Vestidos, joyas... todo lo había cancelado para salvar el honor.

—¿De qué va usted a vivir ahora?—le dijo el banquero Moser luego que hubo tomado el dinero.

De mi trabajo, como viven tantas otras. Se idiomas, tengo una letra clara; no creo me será difícil encontrar una colocación.

—A propósito: mi esposa se está quejando siempre de las institutrices. ¿Quiere aceptar una plaza en mi casa?

Y Susana, impelida por la necesidad, prescindiendo de todos los prejuicios, pasó a ser la institutriz de las niñas del banquero.

Las tales niñas, tendrían como unos once años la mayor y doce la más pequeña. Tanto una como otra, eran dos verdaderos modelos de precocidad y también puede decirse que de precocidad infantil. Las novelas galantes leídas a escondidas de sus padres, que no se preocupaban de ellas poco ni mucho, les habían trastornado el cerebro, de tal forma, que tanto una como otra, habían cifrado su supremo ideal en ser unas émulas de Margarita Gautier. Morir de tanto amar era el sueño dorado de aquellas dos perturbadas e inexpertas criaturas.

Cuando llegó Susana a la casa, las dos niñas andaban luchando a brazo partido, disputándose la posesión de un libro titulado "La mariposa de los hom-leavards", la última cabriola crítico-literaria, de un famoso y desaprensivo escritor en boga.

—Mis hijas—decía entre tanto la señora Moser—están educadas a la moderna. Voy a presentárselas, y usted misma podrá juzgar.

Al oír el rumor de pasos, las pequeñas escondieron el libro.

—Hijas mías—dijo la mamá señalando a Susana—es presente a la señora Randow que será de hoy en adelante vuestra institutriz y señorita de compañía.

Las niñas tendieron su mano displicentes, e hicieron un mohín de indiferencia. Acto seguido, fuéronse al espejo y comenzaron a pintarse cara y labios con la maestría de unas consumadas cocotas.

—A ver si tiene usted más suerte que sus antecesoras. Aquéllas no han durado en la casa más de dos semanas—dijo la mayor de las niñas.

Volvióse Susana para reprender a la descocada y vió el trabajo de las dos criaturas.

—¿Pero qué es eso señoritas—murmuró indignada—no les da vergüenza ponerse esas porquerías en la cara?

—Nuestra mamá se pinta para parecer más joven; nosotras nos pintamos para que no nos crean tan niñas.

Aquella tarde siguiendo la costumbre establecida en la casa, Susana salió con las niñas a dar un paseo. Al llegar a la puerta, una de ellas, dejó caer un pañol arrugado, que luego después, recogió un hombre ya de edad madura, al cual acompañaba otro de aspecto tan poco noble como el suyo.

"Al palacio del Hielo", rezaba el papelito.

Llevaban como una hora de paseo, mirando tiendas y andando de aquí para allá, cuando una de las niñas preguntó a Susana:

—¿Cuándo vamos al Palacio del Hielo? Esto es aburridísimo.

Los dos tenorios pasados de moda, las seguían en un auto a poca distancia.

Al llegar a unos jardincillos, Susana tuvo un agradable encuentro: el modisto Rainer. Y mientras la joven saludaba a su amigo, las dos chiquillas se metieron en el auto con sus galanteadores y emprendieron veloz carrera.

—¡Dios mío, qué disgusto!—dijo Susana al cerciorarse de que las dos muchachas habían desaparecido—. ¡Soy responsable de estas dos señoritas!

Entre tanto, las niñas, llegaban al Palacio del Hielo: tras ellas, llegó su madre, acompañada de un caballero, que no era precisamente su esposo. La buena señora, al ver a sus dos niñas sin la institutriz, llevóse las manos a la cabeza.

—¿Cómo es que no está con vosotras la señora Randow?

Se ha encontrado con un señor muy elegante, nos ha dejado solas y nosotras, hemos venido aquí.

Susana, ayudada por Rainer, buscó por todos los jardines y viendo que no podía dar con las muchachas, aceptó el auto que le ofreció el modisto y marchó hacia el Palacio del Hielo, en compañía de éste. Al llegar, encontró en una mesa a las niñas y a su mamá, cada cual con su galán respectivo.

—Lo sé todo—le dijo la señora Moser—. ¡Supongo, que después de lo sucedido, no intentará volver a mi casa?

—¡Dios me libre, señora!—respondió Susana con el alma llena de amargura—. Sus niñas están educadas demasiado a la moderna, para que yo me pueda hacer cargo de ellas.

Y con los ojos llenos de lágrimas, apoyada en el brazo de Rainer, abandonó aquel elegante salón, que tan buenos recuerdos tenía para ella.

—Perdone la indiscreción—le dijo el modisto luego que hubieron salido a la calle—, pero supongo que no acompañaría a estas señoritas por gusto...

—No, señor Rainer, he tenido un serio quebranto de fortuna y debo ganarme la vida.

—Desde hace tiempo, busco para mi negocio una persona de sus condiciones. Puesto que la desgracia

de usted me depara la ocasión de serle útil, ¿quiere aceptar un empleo en mi casa?

La prueba dio buen resultado, y al año, Susana, la ex-mujer de lujo, estaba pendiente del despertador para ir a su trabajo. Encima de la mesita de su cuarto, un retrato del señor Rainer ocupaba el lugar preterito; y cabe decir también, que entre todos los objetos de la habitación, éste era el que recibía las más dulces miradas de la linda Susana.

El día en que la volvemos a encontrar, era precisamente la fiesta onomástica del modisto, la joven andaba más que atareada para prepararle el regalo.

A la misma hora, otra mujer de lujo, que había invadido el hogar del modisto, se dedicaba en zedemas y carantoñas para sacarle algunas pesetas con objeto de comprarle un regalo. El modisto sacó su cartera, le dio un billete, luego otro y otro, y le hubiera vaciado completamente los bolsillos de no haberse impuesto Rainer con toda su autoridad.

—¿Ah, sí?... ¿A poco dinero, poco regalo?—contestó la bella Liset, pues así era el nombre de la mujer de lujo, que semejante a un pulpo iba chupando con insaciable ansia todos los ahorros del laborioso Rainer.

Momentos después entraba éste en el despacho y quedó gratamente sorprendido al ver sobre su mesa un delicado ramo de flores y junto a él, una muy linda estatua.

—Comprendo—dijo dirigiéndose a Susana—que este regalo sólo puede ser obra de su buen gusto.

Escasamente había acabado el modisto de decir estas palabras, cuando Liset triunfó en el despacho, llevando consigo un rubicundo manojo de flores.



Al parecer, era todo lo que había podido comprar con los quinientos marcos que le diera Rainer.

Tan pronto como entró, la astuta Liset se fijó en el ramo de flores que había sobre la mesa del modisto y como quiera que aún cuando no lo había vis-

to poner, sabía ya de quién era, lo sacó del búcaro en que yacía, y lo echó con rabia al cesto de los papeles, exclamando:

—¡Jesús, qué mal gusto! ¿Quién te ha traído esta porquería de flores?

Y al decir esto, miraba intencionalmente a Susana, que para no explotar la indignación, tuvo que morderse fuertemente los labios, hasta hacerlos sangrar. Luego Liset para humillarla aún más, se dirigió hacia ella con el búcaro en la mano, diciendo:

—¡Me hace el favor de traerme un poco de agua, señorita?

—¡Daré orden para que la traigan!—respondió Susana altanera e indignada, abandonando la estancia.

—Por qué atiendes a esta mujer, Liset? ¿En cuenta que es la mejor de mis empleadas y la que más aprecio!

—Pues precisamente por eso, porque me parece que la *oprecias demasiado*, es por lo que no me resulta nada simpática y la humillaré tanta veces como se me presente la ocasión.

—¡Eso lo veremos!

Una llamada del botones vino a cortar la discusión que amenazaba tomar caracteres de extraordinaria acritud. Liset se retiró malhumorada y Rainer, después de depositar un beso en el ramo que yacía en el cesto, lo colocó nuevamente en el búcaro, al lado del otro. Luego salió a la sala donde le estaba esperando, rodeado de todas las oficiales, a la cua-

les iba repartiendo bombones, el gran David Ramuzi, agente diplomático de un reino balcánico.

—Nuestra princesa se casa señor Rainer... Llevo recorrida media Europa en busca del equipo y no puedo encontrar nada que me guste.

Rainer introdujo en su despacho al extravagante agente diplomático, que al momento quedó prendado de Susana. Y para demostrarle su adoración, el gran Ramuzi, comenzó a depositar sobre su mesa de trabajo, grandes cajas de bombones, que extraía de los macablos bolsillos de su gabán.

—¡Se trata de un pedido muy grande!... ¡Calcule usted, una princesa!—decía el agente diplomático sin apartar la vista de Susana.—Yo volveré dentro de tres días y espero que para esa fecha, me hará usted la presentación de modelos.

Aquel pedido podía cimentar el prestigio de la casa y Susana, pidió permiso al modisto para ser ella quien se encargara exclusivamente de la presentación.

—No tengo ningún inconveniente, señora Randow, estoy muy satisfecho de sus servicios—le contestó Rainer—y para demostrarle mi agradecimiento, quisiera invitarla mañana a una excursión por la Selva Negra.

Al día siguiente Susana y Rainer hallábanse paseando en trineo por las agrestes avenidas de magnífico bosque. Los enormes abetos, alzábanse rectos hacia el cielo como una plegaria; sus largos tallos

cubiertos totalmente por la nieve, ofrecían un aspecto magnífico. Daban la impresión de millares de fantasmas escondidos tras un blanco sudario. Por entre ellos corrían veloces los caballos, llevando en los trineos la multitud de turistas que atraídos por el mirífico paisaje acudían a deleitarse en la contemplación de la montaña.

Al llegar a un recodo de la gran pista, volcó el trineo que conducía a Rainer y a Susana y ésta, cayó en brazos del modisto, que no pudiéndose contener, le dio en su boca un dulce y apretado beso.

Fue un beso más fuerte que su voluntad misma: el amor callado, la muda adoración, que desde tanto tiempo le venía profesando, se desbordó al sentir sobre su cara el hútil ríbio de su adolatrada auxiliar y... la besó.

Al contacto de aquellos labios que tantas veces había besado en la fotografía, sintió Susana una emoción imposible de describir, pero bien pronto cruzó por su mente la imagen de la otra y volviendo sobre sí, increpó al modisto:

Nunca creí que fueran estas sus verdaderas intenciones, señor Rainer.

El modisto se puso encarnado hasta las orejas.

—Recuerde—prosiguió ella—que yo soy casada y que usted tiene una compañera amable y bonita, a la cual no debe faltar,

Después de aquel incidente, los dos excursionistas, sin atreverse casi a dirigirse la palabra, regresaron a la ciudad.

Nunca pudo saber Susana cómo se las arregló Ramuzi para saber su domicilio; pero es el caso, que al llegar aquella noche a su casa, encontrárase con



un soberbio presente de éste, al cual acompañaba una afectuosa dedicatoria. Hallábase la joven examinando el regalo, cuando oyó un ligero ruido y al levantar la vista, vió ante sí a su esposo Juan Randow.

La presencia de éste que en otras ocasiones la habría llenado de alegría, fue para ella motivo de un gran disgusto. Juan venía derrotado, mal vestido, sin afeitarse, y en su semblante pálido y ojeroso, se adivinaban las huellas del hambre.

—Veo —le dijo el esposo—, que tú has tenido mejor suerte. Yo he rodado mucho para llegar al fin al estado en que me encuentras...

Quiso ella tenderle los brazos, pero no pudo. Una fuerza superior a su misma voluntad la retuvo, y entonces, viendo que ya nunca más podría amar a su marido como lo amara en otro tiempo, tomó una enérgica resolución:

—¡Juan, entre nosotros pasó un tiempo que lo he borrado todo! ¡Tú me abandonaste, yo salvé mi nombre; y he aprendido a vivir sola! ¡Estamos en paz! —le dijo ella, señalándole la puerta.

Juan comprendió la razón que asista a su esposa y se marchó. Desde el umbral de la puerta, se volvió hacia ella con cara compungida:

—¿Pero me niegas... hasta un pedazo de pan?...

—¡Fue no! ¡Yo te ayudaré! —repuso ella abriendo su secreter y sacando unos billetes, que representaban el producto de todos sus afanes.

Juan, se metió el dinero en el bolsillo y salió con aspecto sonriente.

¡Caramba, no esperaba yo tanto! —dijo para sí al descender la escalera.

A partir del día de la excursión, el pensamiento de Ramuzi estaba totalmente ocupado por la imagen

de Susana. También ésta pensaba en él, pero el pedido de Ramuzi, traíala tan atareada día y noche, que le quedaban muy pocos minutos para poderlos dedicar al objeto de sus ilusiones.

Llegó por fin el día de la presentación y Susana, para dar un mayor golpe de efecto, se presentó ella misma ante el diplomático ataviada con el traje de novia. Naturalmente, Ramuzi quedó extasiado... vencido.

Antes de esto, Susana, había dado orden a los "botones" de que cuando ella diera una palmada encendiesen la luz. Ocultas tras unas mangas de cristales, estaban las demás modelos del establecimiento probándose las ropas que debían constituir el equipo interior de la princesa. Ramuzi más atento a Susana que a los modelos, valiéndose de la penumbra en que yacía la sala le dio a ésta un sonoro beso en la mejilla, que tuvo como respuesta una magnífica bofetada.

Creyeron los "botones" que aquello era la señal convenida y en el acto, abrieron los interruptores.

La suavidad del trato no fué por lo visto muy del agrado del diplomático, que abandonó la casa de modas más que de prisa, mientras las acustadas modelos, sorprendidas por la luz en paños finísimos, corrían a refugiarse detrás de sus respectivos liombos.

Al disgusto de ver partir al diplomático hubo de añadir Rainer otro no menor que también le ocurrió aquella misma mañana.

Liset, cada día más encanagada en la citaca del

despilfarro, había escogido ropas por valor de varios miles de marcos, y como la situación financiera de la casa, debido a los dispendios de la señora dejaba mucho que desear, Rainer se opuso terminantemente a que su compañera se llevara lo que había perdido.

—Si sigues así, me vas a llevar a la ruina Liset. Es preciso que moderes tus gastos.

—¡Lo siento, pero no puedo economizar ni un céntimo, a no ser que prefieras que vaya desnuda!..

—¡Lo que yo quiero es no verme perdido por tu causa ni por la de nadie, y, francamente, esto no puedo seguir así!

—Pues si no puede seguir, búscate otra que te salga más barata!

Y con todo el cinismo que da la inconsciencia, Liset abandonó aquella casa para siempre.

Juan, con el dinero que le había dado su esposa continuó como siempre su vida de galanteador sempiterno, y el mismo día en que Liset se despedía de Rainer encontrábase ésta con el tenorio y comenzaron ambos a dar buena cuenta de los ahorros de Susana. La vida, siguiendo una vez más esa ley de casualidades y contrastes que el Destino se complacía en tejer, juntaba a dos maripositos.

Pasaron los días y el buen Rainer, veía con dolor que el agente diplomático de la princesa no se dignaba regresar.

El pedido de Ramuzi nos hubiese nivelado, Susana, pero me temo mucho que este hombre ya no volverá.

—¿Es que tan mal anda la parte administrativa del negocio? Preguntó la infeliz más que apenada, ya que, en principio, ella era la causante de tal contratiempo.



—En efecto, amiga mía, no van nada bien; los desmesurados gastos de Liset me han puesto al borde de la ruina.

Aquella noche, Susana, al llegar a su casa, desee-

sa de salvar al hombre que ocupaba su alma por entero, telefonó a Ramuzi.

Hallábase éste en el hotel en compañía de una de las modelos de Rainer. La vida le sonaba con bastante amabilidad. El agente diplomático, era, en el fondo una excelente persona. Como Salomón, no tenía más defecto que su excesivo amor a las mujeres; por eso su corazón, siempre propicio al amor, lo estaba también para la indulgencia, y más si se trataba de una mujer.

Así, al decirle Susana, por teléfono, que si no volvía a hacerse cargo del pedido quedaría ella despedida de la casa, el indulgente Ramuzi prometió complacerla, y al día siguiente quedaba aceptado el encargo. Al concluir el contrato dijo a Susana:

—Ya ve usted que yo he cumplido mi promesa. ¿No me merezco nada en pago?

—Sí, señor, se merece usted un beso; un beso de agradecimiento que voy a darle ahora mismo y delante de todos.

—Me dará usted catorce besos más—dijo el diplomático al marchar—pues la princesa tiene nada menos que catorce hermanas casaderas... y como yo soy el Jefe de Mayordomía...

Pocos días después, los periódicos de la ciudad traían la noticia de un grave accidente ocurrido en la Selva Negra, del cual habían resultado víctimas el conocido aristócrata Juan Raubow y la bella Liset. Al parecer, la nieve había cubierto un car-

tel indicador del peligro, y ambos perdieron pie, quedando sepultados en el fondo de un inmenso precipicio.

Al llegar a su despacho, Susana, leyó el periódico que Rainer le dejara sobre la mesa y de sus lindos ojos, descendieron lentamente algunas lágrimas.

Oculto tras un portier, hallábase Rainer, presenciando la actitud de su adorada directora. Cuando juzgó que ya le había pasado la impresión, se acercó a ella emocionado y enlazándola en sus brazos, exclamó:

—¡Somos libres, Susana!... ¡Podemos proclamar nuestro amor a voz en grito!...

Y los dos corazones, que unidos por la santa religión del deber y del trabajo en común, habían ido sintiéndose más cerca cada día confundieron su acercando latir en un apretado abrazo.

FIN

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto son los siguientes:

PRECIO	TÍTULO	Fecha de salida
20	Album de bal	Noviembre
50	La lingerie parisienne	
175	Libros et broderie	
50	Album de vestais	Diciembre
50	Dados lingerie et robes de nuit	Abril
50	Biogénes artistiques	Trimestral
25	Ornatos créations	
50	Les chapeaux modernes	
175	Wilson's Catalogue	
150	Wilson's Index annuel	Menual
175	Wilson's children	
250	La mode de Paris	Marzo y Agosto
500	Elle	
350	Nouveaux et costumes de printemps	
370	Modos d'été	
175	Ultima elegancia	Menual
275	L'écrit parisien	
50	Paris cado	
40	Le style	
100	Le grand style	
40	Tout chic	1.º, mayo y 40
60	New styles salons	8 veces al año
50	La mode qui vendra	18 veces al año

Estos títulos no necesitan comentario; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descontos convencionales a los señores correspondientes y directos.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barba, 15, Anarjado 325, Barcelona.